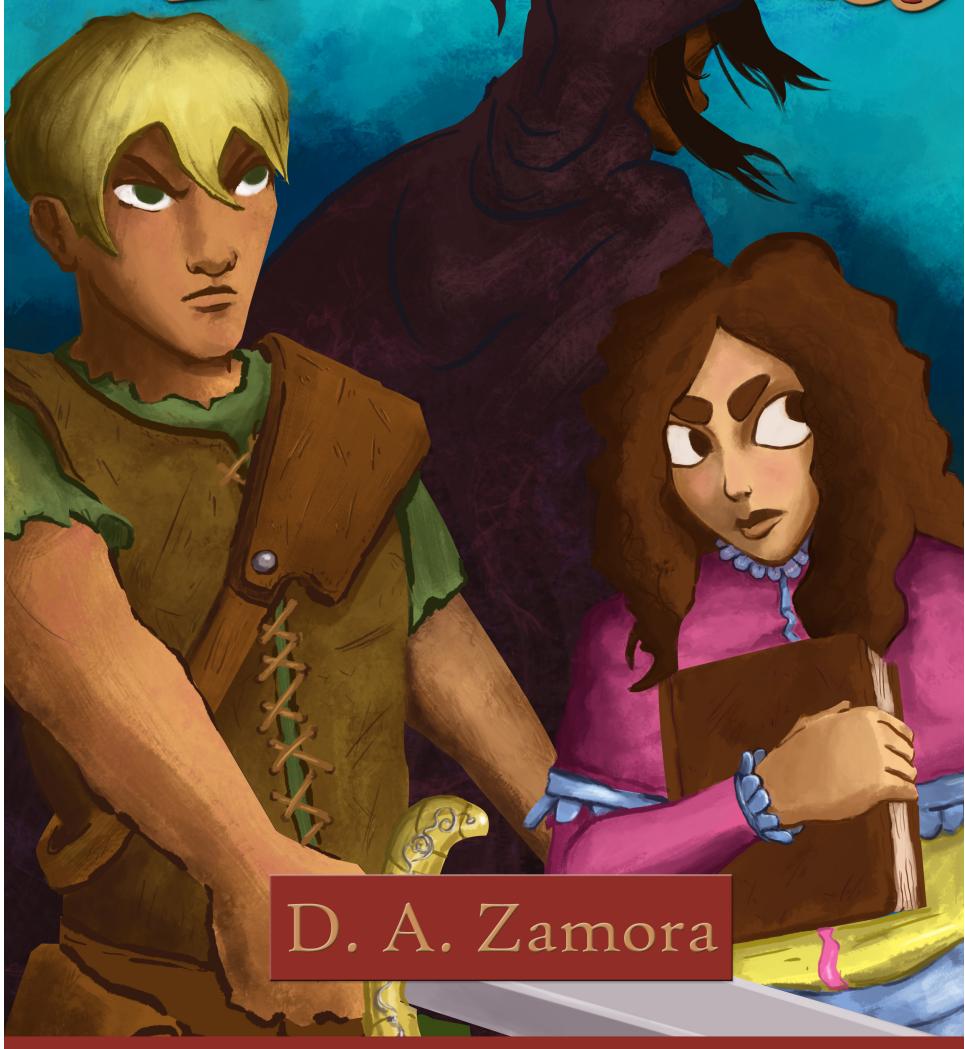


Los viajes de Mercer y Violeta

# El corazón de Marama



D. A. Zamora

Los Viajes de Mercer y Violeta

El corazón de Marama

**Escrito e ilustrado por:  
D. A. Zamora**

# ÍNDICE

## PRÓLOGO—4

- 1 - LA BOLSA SIN FONDO—7
- 2 - LEJOS DE CASA—16
- 3 - JONAMEC—39
- 4 - KALINXER—44
- 5 - SUERTUDA—51
- 6 - ALQUIMIA—59
- INTERMEDIO—69
- 7 - CLENTÉ—73
- 8 - EL GREMIO DE MAGOS—86
- 9 - LO QUE SIEMPRE HAS QUERIDO—104
- 10 - EMBÓLSATE ÉSTA—131
- 11 - EL GRAN ROBO—137
- 12 - EL CORAZÓN DE MARAMA—153
- 13 - LA FUENTE—168
- 14 - LA GUARDIA DE LAS SOMBRAS—186



## PRÓLOGO

La noche en la gran montaña ventosa no salía de lo extraordinario ante los ojos de cualquier mortal. Pero había otros que percibían las sutilezas en el aire, y la nueva era que se avecinaba – hayan sido amigos o enemigos –. Así lo podrían confirmar las dos figuras encapuchadas que durante horas cabalgaron el arduo camino al lugar sagrado.

Una de ellas solía vestir con túnicas que fluían eternamente sobre su piel y cuya tela estaba fabricada del material primordial del cual los sueños y la realidad se sustentaban. Solía apuntar su dedo al cielo y escoger cualquier estrella para usarla como joya o para destruir civilizaciones enteras con su fulgor. El universo mismo solía doblegarse ante la palabra de la Oscura Señora, pero todo esto era cosa del pasado.

Necesitaban pasar desapercibidas, y tanto ella como su sirvienta tenían la apariencia de su más humilde súbdito.

“Hemos llegado,” dijo la Oscura Señora con tranquilidad. El momento llegó y ya lo había aceptado.

Ambas bajaron de sus caballos y la Oscura Señora sopló un aire frío en dirección de sus corceles, con lo que desvanecieron en el éter.

“¿Necesita luz, mi Señora?” dijo la sirvienta, antes de adentrarse en el bosque

“No. Este lugar emana luz por doquier, me sorprende que no lo puedas ver,” dijo su Señora.

La sirvienta tomó el brazo de la Oscura Señora y ambas caminaron durante algún tiempo antes de encontrar el claro donde estaba el resto de sus seguidores, o al menos los que quedaban. Todos se hincaron ante ella apenas la vieron y luego uno de ellos se acercó apresuradamente.

“Mi Señora, estamos sumamente felices de verla, muchos de nosotros temíamos lo peor,” dijo el hombre quien vestía con capa negra.

“Es bueno verlos a todos reunidos por última vez,” dijo la Oscura Señora.

Varios de los que estaban cubiertos de pies a cabeza por una túnica oscura formaron un círculo alrededor de unos extraños símbolos sobre el suelo. Mientras que el hombre con capa negra preparaba una gran jeringa con un líquido verde luminoso.

“No hemos perdido tiempo, mi Señora. Ya preparamos el círculo con las siete tierras. También me encargué de esto, hará más fácil que su alma resista el reutilizamiento,” dijo el hombre de capa negra.

La Oscura Señora tomó la jeringa y la examinó por un momento. Sus ojos brillaron con un rojo intenso y el líquido cambió su color a morado.

“Le faltaba ajo,” dijo la Oscura Señora.

Le dio la jeringa a su sirvienta y esta procedió a clavar con delicadeza la aguja, e inyectar el líquido en el pecho de su Señora.

Mientras esto sucedía, unas figuras con capuchas rojas abrían con cuidado un cofre dorado adornado con intrincados diseños. Cada uno tenía

una llave que abría una cerradura en particular. Uno de ellos lentamente abrió la tapa mientras que otro sacó con unas largas pinzas doradas su contenido. Una pequeña semilla café.

El encapuchado con pinzas se acercó a la Oscura Señora y depositó la semilla en sus manos, retirándose mientras hacía una reverencia. El hombre con capa negra se acercó entonces con una jeringa vacía.

“Mi Señora. Si nos concediera un poco de su sangre... Nos ayudaría a sobrevivir,” dijo el hombre.

“No necesito decirle lo que pasaría si cayera en manos que no fuesen las de ustedes. No pueden garantizar su seguridad,” dijo la Oscura Señora.

“Lo entiendo... Mi Señora, fue un placer servirle,” dijo el hombre de capa negra.

“Mi Señora. ¿Realmente es necesario esto?” dijo la sirvienta.

“Los temerosos tontos acabarán irremediablemente con su labor y al final perecerán. Nosotros tenemos conocimiento más allá de comprensión. El círculo no se puede romper del todo,” dijo la Oscura Señora.

La Oscura Señora procedió a tragarse la semilla en sus manos y antes de marcharse le dio un beso en la frente a su sirvienta, cuyos ojos se llenaron de lágrimas.

“¿La volveremos a ver?” preguntó la sirvienta.

“Todo el que tenga paciencia podrá obtener lo que su corazón anhele,” dijo su Señora.

La Oscura Señora se paró en el centro del círculo y los seguidores a su alrededor empezaron a cantar una melodía triste y fantasmal. La Oscura Señora, en posición firme, volteó su cabeza hacia arriba y abrió su boca, desde donde unas extrañas raíces rojas empezaron a brotar. Las raíces crecieron más y más y se clavaron sobre cada uno de los símbolos en el suelo y terminaron envolviendo a la misma Señora, la cual empezó a ser tragada por la tierra hasta que desapareció completamente por siempre.



## 1 - LA BOLSA SIN FONDO

La vida en Blamtown era simplona. Si tenías la mala fortuna de nacer aquí, de chico tendrías que ir a la escuela con otros ocho niños para oír a la vieja Señorita Kat, una mujer ya lenta por su edad y con una voz baja y arrulladora. Al principio es difícil para todos no caer dormidos durante las largas sesiones diarias que parecían durar por siempre, sin embargo, la mayoría logra desarrollar una resistencia natural al aburrimiento y aprenden a tolerar las extensas clases hasta su adolescencia.

Luego de la graduación, tienes dos opciones. O has aceptado el tedio como parte de tu vida, convirtiéndote así en un agricultor profesional de bananas, o si tienes una chispa de inspiración puedes también optar por ser un mercader o un orgulloso comerciante. Había también una tercera opción, pero ésta casi nunca era mencionada en Blamtown, porque para

sus habitantes naturalmente fofos era demasiado riesgosa, atrevida y loca – dejas el pueblo para buscar aventura.

Blamtown, según cuentan, había sido fundada por viajeros del norte, provenientes del Imperio de Rictomur y por ello sucedía que muchos de sus habitantes eran de cabello más claro que el resto de sus compatriotas, además de hablar con palabras y nombres diferentes. Más allá de esto, no era mucho más exótico que el resto de los incontables pueblitos en el Reino de Marama, pero a veces es necesario un poco de rareza para que aparezca algo completamente excepcional.

Por ejemplo, a ningún padre en Blamtown le gustaba la idea de ver a uno de sus hijos partir hacia lo desconocido. Si Blamtown ya era caliente, húmedo, aburrido y lleno de mosquitos, ¡imagina qué cosas tan terribles pueden estar esperando allá afuera! Pero la excepción en este caso es la de los parientes de un joven llamado Mercer. Rodrick, el padre de Mercer, fue un soldado para el Ejército Real de Marama, y como es frecuente para los soldados, tuvo la oportunidad de viajar por doquier. Así fue como se dio cuenta que el resto del mundo no era tan malo, de hecho pensaba que era importante tener la oportunidad de aprender nuevas cosas de gente nueva, de nuevos lugares. El peligro, claro, sólo hacía la experiencia más divertida.

Mercer era algo serio y privado, y no tenía ningún interés en particular por conocer gente nueva, pero sí era un muchacho confiado quién sentía que Blamtown era un pueblo muy pequeño para él. Y es que verán, cuando era pequeño, tomó fascinación por las espadas de su padre, así que Rodrick decidió entrenarlo en el arte de usar una sin rebanar a tus amigos o cortar tu propia cabeza. Cuando cumplió 15, Mercer ya era probablemente el guerrero más competente en los alrededores, lo cual le otorgó respeto e inspiró en algunos el miedo, pero no muchos amigos. Para nada ayudaban tampoco sus fuertes y sus distintivos rasgos faciales y su altura quasi-anormal.

De hecho, la única persona que no se sentía intimidada por él, además de su padre y madre, era Violeta. Violeta era una jovencita campante, abierta y con muchos amigos, tanto así que la primera impresión de muchos era la de una chiquilla odiosa y extravagante, con su acolchado y largo cabello y sus floridos vestidos. Cualquiera pensaría que como opuestos absolutos, Mercer y Violeta se odiarían irremediablemente. Mientras que a Mercer le gustaban las espadas, las artes marciales y la contemplación silenciosa, Violeta era aficionada de la amistad, los libros y la conversación. Realmente ¿en qué mundo podrían llevarse bien? Bien, a lo mejor habrás oído que los opuestos se atraen, y resulta que ese es el caso aquí. Mientras que otros

veían a Mercer como un tipo alto, antisocial y tosco, ella lo veía como un joven tenaz, tímido, pero igualmente tosco; eso nadie se lo quitaba. Y Mercer; no mucha gente tomaba interés en él – al menos no que el supiera – así que usualmente terminaba tolerándola. Y en verdad la ha tolerado un largo tiempo, prácticamente es la primer niña de la que tiene memoria haber visto.

Violeta creía que a Mercer no le gustaba admitir que eran amigos, seguramente tenía que mantener apariencias, una cosa de guerreros; y no podría hacerlo si se juntaba siempre con una delicada mujercita. Fuera este el caso o no, Violeta no estaba de acuerdo con esa actitud y siempre trataba de averiguar la manera de sacar la parte extrovertida y jovial de su amigo.

Un buen día, fueron a comer al Bodegón de Bananas de Barry, el cual no sólo era el único restaurante especializado en bananas en el pueblo, pero el único restaurante en el pueblo.

No era siempre que Mercer la invitaba a comer repostería de banana *porque sí*, Violeta pensó. Tenía razón, Mercer tenía algo importante que decir. Mercer imaginó que era más *oficial* decirlo de esta manera, darle la noticia mientras comía un *Brillante Bagel de Banana de Barry*. “Supongo que esto es lo que los adultos hacen”, se dijo a sí mismo.

“Así que... ¿Querías decirme algo?” dijo Violeta, luego de pensar en esto por un momento.

“Nada importante, sólo quería comer un *bagel*”, respondió Mercer, con su usual voz tranquila.

“Yo sé cuándo me mientes, tontín.”

“Tienes razón. Tal vez pruebe algo diferente esta vez.”

Violeta hizo una pequeña mueca de enojo con boca. “No, algo importante.”

“Okay. Como eres tan observadora, ¿me notas algo diferente?”

Violeta reflexionó en esto. ¿Era su camisa, o tal vez sus botas? No, la gente en Blamtown mantenía un guardarropa muy pequeño; Violeta hubiera notado algo diferente en un instante. Mercer, sin embargo, no mentía, ella había notado algo diferente, algo brillante, no sabía exactamente qué, pero lo tenía en la punta de la lengua.

“¡Sí! ¿Es tu cinturón? No, no me digas, es tu espada...”

En cuanto decía esto, Mercer desenfundó su espada. El repentino movimiento asustó a los pocos comensales a su alrededor. La gente en Blamtown decididamente ignoraba a quienes cargaban sus armas, pero no apreciaban cuando alguien la sacaba a relucir así en público, especialmente Mercer.

“Es la mejor de mi padre”, dijo Mercer. “La que le dieron cuando se retiró”.

“Brillante,” respondió Violeta con sus ojos iluminados por el brillo del metal. De corazón mantenía como ideal hablar antes de pelear, pero no era como si Mercer fuera a lastimar a alguien con eso, no mientras ella estuviera ahí para evitarlo, pensó. La espada, era sinceramente bastante hermosa también; tenía una empuñadura de oro y plata con grabados detallados. “¡Debiste haber hecho algo extra-bueno!” continúo Violeta.

“Algo así. Me voy de Blamtown.”

Violeta se empezó a preocupar. “¿Cómo que te vas de Blamtown?”

“Me voy a servir al reino”, explicó Mercer.

“Vas a convertirte en soldado”, dijo Violeta con tristeza en su voz.

Mercer asintió con seriedad.

“¡Estás loco, estás enfermo, sólo tienes 16 años! ¿Qué tal si algo te pasa en el camino a la Capital? ¿Qué pasa si un bandido te roba, o si tocas a una ardilla con rabia y te muerde? ¿Qué tal si te asusta un espectro y te caes a un precipicio? ¿O si un nigromante te engaña con dulces y terminas en algún experimento malvado?

Violeta estaba gritando en este punto y todos estaban viendo de nuevo. “Hey, calmada”, dijo Mercer tratando de que se callara.

“¿Y si llegas a la Capital y te rechazan? ¿Y si el entrenamiento es muy difícil? ¿Y si dices algo tonto como siempre lo haces y deciden castigarte? Te podrían poner a limpiar letrinas con tu lengua o ponerte a comer la uñas de tu comandante. ¿Qué tal... qué tal si tienes que matar a un hombre, matarlo en serio? Esto no es un juego Mercer, no puedes hacerlo, te podrías volver un asesino ¿Has pensado en esto?” Terminó Violeta, casi sin aliento.

“Yo creo que estás siendo ridícula. Si el mundo de afuera te asusta tanto, bien deberías nunca salir de tu casa”, dijo Mercer.

“Bueno, no es que esté asustada, es que me preocupo por ti y no quiero que conviertas en un cavernícola con armadura, dándole espadazos a cualquiera que use un color diferente”. Dijo Violeta, frustrada de nuevo.

“Si le termino dando un espadazo a alguien va a ser por una buena razón, te lo prometo. Además, lees muchos cuentos de hadas ¿Cuántas veces has visto un espectro o un nigromante?”

“¿Cuentos de hadas? ¡Esas no son historias cualesquiera, son hechos históricos! Sólo porque no he visto un espectro o un nigromante, no significa que no existen”, dijo Violeta.

“Nadie ha visto uno, ni siquiera mi padre. Si alguna vez existieron seguramente están todos muertos.”

“Los espectros no pueden morir, ya están muertos, ¡Daaah! ¿Vez? Eres un despistado; no puedo creer que estés planeando en irte sin un conocimiento tan básico.”

“Bien, supongo que voy a llevar algo de literatura conmigo”, dijo Mercer, quien ya se estaba cansando de esta discusión.

Una pequeña sonrisa se estaba asomando en la cara de Violeta. Cualquier cosa que saliera de su boca ahora no podría ser buena, pensó Mercer.

“En lugar de eso podrías llevar contigo un experto, alguien con un vasto conocimiento en lo sobre-natural. Por si acaso”, dijo Violeta.

“No. No, no. Si estás pensando en lo que creo que estás pensando... bueno deja de pensar en eso, no va a pasar”, respondió Mercer, aparentando firmeza.

“¡Por favor, tienes que llevarme contigo!”

“No tengo y no voy. Puedo ser joven, pero me puedo defender. Tú eres todavía más joven y dudo que hayas envainado algo más que un cuchillo para embarrar mantequilla. No estoy planeando en hacer de niñero durante mi viaje.”

“Músculos y acero no son todo lo que necesitas para sobrevivir”, dijo

Violeta decepcionada en voz baja.

“Ya sé. Igual no vas a venir.”

“No eres mi jefe,” insistió Violeta.

“Tus papás nunca te dejarían.”

“Se te está saliendo un moco de la nariz.”

“¿Qué?” dijo Mercer desprevenido. De inmediato se limpió con una de las servilletas en la mesa, por si acaso.

Barry, el cocinero, mesero y dueño del Bodegón de Bananas de Barry decidió aproximarse a la mesa de los jóvenes amigos, luego de ver que la discusión había muerto.

“¡Ser Mercer, Lady Violeta! ¿Cómo han estado?” Preguntó el rechoncho hombre.

“Hey Barry”, respondió Mercer con poco interés.

“Buen día, Barry”, saludó Violeta de mal humor.

“Con que tenemos problemas, eh? Mi comida los va a alegrar.”

“Voy a comer un *bagel*, lo usual”, dijo Mercer.

“Voy a comer lo que sea”, dijo Violeta con los brazos cruzados.

“Okey... un bagel y un batido de banana con banana frita para Lady Violeta”, dijo Barry mientras escribía sus órdenes en papel. “Ya vuelvo, chicos, por favor no se maten mientras no estoy. Oh... y Ser Mercer, por favor esconde esa cosa puntiaguda, nos estás poniendo a todos muy nerviosos.”

Mercer notó que descuidadamente dejó su espada sobre la mesa, así que la envainó de nuevo sin decir más. Barry, entonces se fue, no tan aliviado como esperaba.

“Voy a convencerte a ti y a mis papás”, dijo Violeta.

“Vas a intentarlo, de eso estoy seguro.”

“¡Oh y voy a lograrlo! Y voy a convencerte de que te unas a la Real Ópera de Marama en el camino a la Capital.”

Mercer rio un poco.

“Tal vez me vuelva un soldado de ópera. ¿Sabes? Inspiraría a mis camaradas con mi hermosa voz,” dijo Mercer.

La idea de Mercer cantando en frente de una audiencia de soldados en media batalla era graciosa para Violeta, pero aún estaba preocupada por la decisión. Ella sólo respondió a esto con una risita corta y decidió no continuar discutiendo, ya que a decir verdad no le gustaba sentirse enojada y enojar a otras personas. Si estaba muy consciente que debería pensar bastante para encontrar las palabras correctas para persuadir tanto a sus padres como a su amigo.

Ahora más calmada, empezó a preguntar sobre algunos de los detalles aburridos de su travesía. Luego, después de tener la comida en sus mesas, Violeta cambió la conversación y empezó a hablar sobre lo gratificante que era para ella asistir a la Señorita Kat en sus labores escolares, y aunque fuera una ancianita aburrida, era también muy dulce y la gente no le daba crédito por eso. También mencionó que estaba preocupada de que la humedad destruyera los libros de la escuela, pero creía que al menos estaba cerca de terminar de leerlos todos. Todo esto mientras hacía algunas afirmaciones no-tan-sutiles acerca de sus conocimientos. Mercer se dio cuenta y decidió no tomarle mayor importancia.

El cielo se oscureció luego de terminar de comer y Mercer acompañó a Violeta en el camino a casa. Una vez ahí se dijeron adiós y Mercer marchó hacia su hogar, esperando una simple y aburrida noche. Definitivamente no esperaría lo que su madre estaba a punto de enseñarle.

Mercer abrió la puerta de su casa y encontró a Yara, su madre, sentada sola y tomando té junto a la solitaria luz de una candela, escuchando al susurro de la selva tropical.

“Hola, cielo”, dijo su madre.

“Hey”.

“¿Cómo tomó Violeta la noticia?”

“No muy bien. No me va a dejar en paz hasta el día que me marche.”

“Ya lo aceptará, sé paciente.”

Yara se levantó.

“Tengo algo que enseñarte. Es para tu travesía”, dijo ella.

Mercer siguió a su madre a la habitación del fondo. Sintió curiosidad sobre lo que podría ser, pero no esperaba mucho más que un nuevo mapa o una linterna. Yara removió algunas cosas fuera de su camino y reveló un baúl. Mercer creía reconocerlo; lo había visto un par de veces de pequeño. Una vez intentó abrirla a la fuerza por pura curiosidad, pero su padre lo detuvo antes de que pudiera hacer daño alguno y le dijo que lo único que tenía era ropa vieja.

Una vez abierto, vio la verdad por sí mismo. Era de hecho un montón de ropa vieja. Sin embargo, Yara, excavó hasta el puro fondo del baúl y sacó la bolsa de tela vieja y café que había visto. Estaba bien cuidada y no tenía ningún hueco pero de igual modo la encontró descolorada y estirada en algunas partes.

“Una bolsa”, dijo Mercer serio.

“La bolsa más especial que hayas visto”, dijo Yara. “Antes de que nacieras, cuando tu padre y yo viajábamos, justo después de haberse retirado del real Ejército Real, conocí a una señora muy anciana. Si tuviera que adivinar diría que tenía al menos cien años. Era una comerciante y yo buscaba comprar una bolsa. Cuando hablé con ella se me quedó viendo profundamente, y al principio me dio miedo, pero antes de que decidiera irme, sacó esta vieja bolsa y dijo que podía tenerla de gratis, pero que tendría que cuidarla mucho.”

Era un poco más pequeña de lo que necesitaba, pero era gratis, incluso si venía de una vieja sospechosa. En todo caso, un par de días después igual nos encontramos con problemas de espacio, andábamos con más de lo que podíamos cargar. Tu padre, por supuesto, no creía que necesitáramos todos los suvenires que había acumulado, pero en lo que estaba peleando por meterlo todo dentro de la bolsa, descubrí algo.”

Yara tomó la escoba a su lado y empezó a introducirla en la bolsa. Y justo ante los ojos de Mercer, todo el palo desapareció dentro de la mucha más pequeña bolsa. Desconcertado, se le quedó viendo a Yara sin decir una palabra.

“¿Increíble, cierto?” dijo Yara. “Toma, vela por ti mismo” Yara le pasó la bolsa a Mercer y vio dentro. Se veía como cualquier escoba dentro de una bolsa lo suficientemente grande. Empezó a examinarla por dentro y por fuera, como si estuviera tratando de encontrar una explicación razonable.

“¿De verdad es un objeto mágico?” preguntó Mercer, luego de darse por vencido.

“Una bolsa sin fondo, quizás una de las pocas reliquias mágicas que quedan en el mundo,” dijo su madre.

Mercer había oído historias de artefactos mágicos, el legado de una era olvidada. De acuerdo con lo que sabía, todo el conocimiento mágico se había perdido luego de una especie de catástrofe, y tesoros como el que ahora estaba sosteniendo era todo lo que quedaba de aquel entonces. Violeta le contó una vez que fue a causa de una terrible guerra que duró por siglos, pero recientemente había leído que sucedió a causa de un desastre natural. La verdad era que hasta ahora dudaba que alguna de esas historias fuese cierta, o que la humanidad tuviera magia a su disposición en algún momento.

“Increíble”, dijo Mercer.

“Intenta sacar la escoba y ponla de nuevo adentro.”

Mercer lo hizo. Removió la escoba, pero cuando trató de meterla, la bolsa no lo dejó. “No puedo”, dijo Mercer.

“Esperaba que pasara”, respondió Yara. “No sé exactamente cómo funciona, pero creo que tiene que familiarizarse contigo, tuvo que pasar un rato antes de que tu padre pudiera usarla. Qué lástima, debí habértela dado antes.”

“¿Y por qué no lo hiciste? No puedo creer que tuvieras algo como esto escondido todos estos años,” dijo él.

“Bueno, cariño, no sabía que tan peligroso algo así podría ser. Imagina si hubieras decidido meterte dentro de la bolsa de niño, por todo lo que sé podrías haberte perdido en un mar infinito de tela. Necesitas ser muy responsable y discreto con algo así, y creo que este es el momento adecuado para que la tengas.”

“¿Es mía ahora?”

“Sí, es mi regalo de despedida. La vas a necesitar”, dijo su madre con bondad.

“Gracias mamá, en serio. No sé si me gusta más que la espada de papá.”



## 2 - LEJOS DE CASA

Mercer pasó los siguientes días haciendo preparativos para su viaje y no mucho más además de eso. Durante las noches, como su madre le aconsejó, trataba de volverse familiar con la bolsa sin fondo. Trató insertar la escoba con fuerza y luego con delicadeza, trató también de acariciarla y golpearla con sus puños. Incluso trató de hablarle, trataba de rogarle y pedirle amablemente que funcionara, pero al final, Mercer siempre perdía completamente su paciencia y terminaba amenazando a la bolsa y a toda su familia por su insolencia.

Mercer también pensó mucho sobre lo que pasaría en su travesía.

Pensaba en particular en el terrible bosque de Jonamec, el cual sin lugar a duda sería la parte más difícil. Al parecer, la peligrosa selva permanecía perpetuamente entre la lluvia y la oscuridad. Jonamec es tan húmedo que lograr encender la más diminuta llama puede convertirse en la labor más ardua, esto combinado con un calor tan sofocante que hará que cualquier carne que traigas para cocinar se convierta inmediatamente en un refugio para parásitos, si es que no se pudre antes.

Además, existía todo tipo de leyendas sobre monstruos famélicos que merodean entre la frondosidad, lo cual ahora Mercer tomaba un poco más en serio. Particularmente Morococo, un mono monstruoso, diferente a cualquier otro; largo y delgado como la serpiente más grande que puedas imaginar, el cual se balancea sigilosamente entre las ramas con uñas y colmillos afilados y ponzoñosos, listos para cualquier viajero despreocupado. También se hablaba sobre un nigromante el cual había hecho de Jonamec su hogar y pasaba su tiempo preparando un ejército de zombis con los que planeaba conquistar Marama.

Como lo prometió, Violeta pasó dando su mejor esfuerzo por convencer a Mercer para que se dejara acompañar. Todos los días le contaba sobre nuevos monstruos de los cuales había leído, o sobre lo atroz y difícil que puede ser para un peregrino primerizo atravesar Jonamec. Mercer no le tomaba mucha importancia a la alarmante información – o al menos pretendía no hacerlo – pero sí pensó sobre su vida sin Violeta. “¿Y si la dejo venir?” La idea atravesó la mente de Mercer un par de veces pero siempre concluía que no sólo la pondría en peligro, pero habría peligro también para su salud mental. Tendría que verla todo el día, todos los días por días, y eso quizás es demasiado.

La tarde antes de partir, Violeta insistió que salieran un rato por última vez. Los acompañó Marion, amiga de Violeta y quizás la única otra chica con la que Mercer hablaba. Recorrieron el pequeño pueblo y luego fueron a la casa de Violeta donde comieron galletas y tomaron café.

Mercer esperaba un último intento por parte de su amiga por convencerlo, pero no fue así. Violeta parecía haber encontrado paz y resignación y estaba más curiosa sobre como Mercer se sentía y se había preparado para su viaje.

“Me voy al amanecer,” dijo Mercer despidiéndose.

“¿Sabes qué? Prefiero despedirme ahora.”

“¿Por qué así?” Preguntó Mercer extrañado.

“Porque... Ahora me siento feliz por ti, y mañana no sé si voy a amanecer gruñona o triste. Prefiero verte por última vez mientras estoy feliz. Hoy fue un lindo día.”

Mercer continúo mostrando su duro exterior, pero algo muy pequeño y muy profundo dentro de él se derritió.

“Bien por ti,” dijo Mercer sonriendo. Violeta entonces dio salto y se guindó de su torso como un mono a su madre y Mercer torpemente la abrazó también y le prometió que se volverían a ver.

Finalmente, al pasar una semana, el día de su viaje había llegado. Al despertar revisó por última vez una lista con todos los implementos que necesitaría. Viajaría con un bolso pequeño con cosas como cuchillo, medicinas, galletas y algo de dinero y su bolsa sin fondo que contenía todo lo demás. Aún no había logrado hacer que esta funcionara, así que su madre empacó todo su contenido por él. Esto significaba que debía tener cuidado de no vaciarla completamente de una vez ya que no sabría si podría volverla a llenar.

Se puso su armadura de malla ligera y espada y sus padres lo acompañaron a su punto de partida. Aunque su familia no era de aquellas que les gustaba demostrar afecto en cada momento, no podían negar que sentían tristeza, pero a la vez algo de emoción.

“No tengas miedo por Jonamec, hijo. Siempre y cuando no te salgas del trecho, vas a estar bien,” dijo su padre, Rodrick.

“Claro,” dijo Mercer.

“¿No iba a venir Violeta para despedirse?” inquirió Yara.

“No, ya me despedí de todos.”

Mercer partiría acompañado por unos mercaderes de bananas hasta llegar a Claramer, de ahí abrirían paso hacia Radamer donde idealmente esperaría a otro grupo de viajeros para continuar hacia Jonamec y así llegar a un pueblo llamado Clenté. El camino desde ahí sería fácil, sólo tendría que trotar hasta Vernenet, una ciudad con un ferrocarril, alguna clase de carroaje mecánico encargado de llevar gente a la capital. Mercer repasó rápidamente esto en su mente mientras que hubo un largo silencio entre él y sus padres. Uno de los mercaderes insinuó impacientemente que partieran de una vez,

así que Mercer decidió que lo correcto sería abrazar a su familia y montar a su caballo, y eso fue lo que hizo.

Sin decir nada, primero abrazó a su madre, luego a su padre, y subió a caballo. Inmediatamente partieron.

“¡Voy a volver, no se preocupen!” gritó Mercer, mientras se aproximaba a la salida de Blamtown. No era normalmente algo que diría, pero sintió que debía hacerlo; pasaría un largo tiempo antes de que los volviera a ver.

Sus padres también gritaron adiós y se agitaron sus brazos.

Se dio cuenta que su aventura había comenzado y sintió una emoción intensa en su estómago por un momento y luego... no mucho más. Mercer gustaba de observar la naturaleza y este prometía ser un día especialmente hermoso, sin embargo era un camino que ya conocía y sólo le tomó hasta el mediodía para estar completamente aburrido. Los mercaderes hablaban de vez en cuando sobre el oficio y sobre personas que no conocía, y en algunas ocasiones le dirigieron la palabra, pero Mercer no quería hacer conversación con ellos ya que opinaba que además de hablar sobre temas de los cuales no conocía mucho, estos sinceramente eran muy sosos.

La caravana cabalgó constantemente todo el día y solamente pararon brevemente en al menos dos ocasiones para comer o tomar un descanso. Debían apresurarse si querían llegar a tiempo a Claramer apenas anocheciera. Hacia el final de la tarde surgieron por fin algunas conversaciones interesantes para Mercer, de las cuales se abstuvo de participar hasta más tarde. La primera se trataba sobre la supuesta noticia de guerra entre el reino de Marama y el imperio del norte, Rictomur. Muchos de ellos sabían la intención del alto y callado joven que viajaba junto a ellos, lo cual produjo varias miradas hacia su dirección, como si esperaran su respuesta.

Mercer no anticipaba esto, al parecer entraría en combate real mucho más antes de lo que preveía, pero por el momento no se preocupó. Mercer siempre pensó que la gente de Blamtown se preocupaba demasiado por todo. Quiso decirles esto en voz alta, pero se guardó las ganas.

Luego hablaron sobre las presuntas causas de la guerra. Algunos dijeron que Rictomur trataba de recuperar territorio perdido hace mucho tiempo, mientras que otros dijeron estaban detrás del comercio de bananas, lo cual fue tomado en serio por varios. A Mercer le gustaban las bananas, pero esto era completamente ridículo para él, tanto así que lo motivó para expresar su opinión.

“¿Una guerra sólo por un poco de bananas? Puede que Rictomur no esté lleno de genios, pero dudo que su rey sea tan idiota,” dijo Mercer a los presentes.

“Claramente no sabes lo que dices, muchacho. No son sólo un poco de bananas. Es bien sabido que necesitas comer al menos 7 bananas diarias para mantenerte saludable. En Rictomur no puedes crecer bananas ni mangos ni naranjas, nada, ¡nada! ¡Demasiada nieve! Esa pobre gente está desesperada,” dijo de uno de los mercaderes.

Incluso siendo blamtowniano, 7 bananas parecía una exageración. Además de eso, Mercer dudaba seriamente que el gran y vasto reino de Rictomur estuviera atravesando semejante problema.

“Sus cerebros se han convertido en banana, al parecer. Rictomur no es para nada un país necesitado y no creo que estén tan desesperados como para emboscarlos por sus bananas,” replicó Mercer.

Los mercaderes parecían verse bastante insultados por esto. Mercer pensó que quizás no debió haber sido tan bocón esta vez.

“¡Si odias tanto a las bananas quizás deberías irte a Rictomur y unirte a su ejército como el traidor que eres!” dijo otro de ellos.

“¡Si las bananas te ofenden tanto tal vez no deberías viajar con nosotros!” dijo un tercero.

Todo el resto asintió y abucheó a Mercer – si bien le tenían un poco de miedo, sabían que seguramente no podría contra todos ellos. Mercer frunció su ceño y contestó: “Piensen lo que les dé la gana.”

Mercer siguió cabalgando de largo, reflexionando si podría tolerar a tal grupo de bana-bobos durante los días que le quedaban de viaje. Tal vez sí debería viajar solo; Mercer se sentía confiado y preparado, y la verdad era que ahora odiaba a las bananas un poco.

Al llegar a Claramer, Mercer buscó hospedaje. Claramer era un pueblo exactamente igual a Blamtown excepto por ser ligeramente más grande. Mercer, además, ya había estado aquí, así que no tuvo ningún problema en guiarse. Una vez en la posada, maduró más la idea de seguir su viaje solo, pensó en todas las cosas que tendría que enfrentar, como hacer una fogata o ensamblar su tienda de campaña. Entre más pensaba, más emoción sentía por la aventura, así que decidió finalmente que partiría temprano en la mañana por su cuenta. Luego, resolvió relajarse y empezó a leer un libro

sobre consejos de supervivencia que Violeta le había dado. Mucha de su información era bastante básica y ya la sabía de sus padres, con lo que el sueño no tardó en llegar. Cuando terminó, se acercó al borde de la cama para dejar el libro dentro de la bolsa sin fondo cuando de repente creyó ver a la bolsa moverse.

“Hey, ¿te moviste?” le dijo Mercer en voz baja. Era una bolsa mágica, y por lo que él sabía, incluso podría tener vida propia, pero no le gustaba la idea de que se empezara a mover sola o hiciera cosas sin su consentimiento. Tuvo el impulso de probar hacerla funcionar, pero prefirió dormir, después de todo, esta iba a ser la última vez en algún tiempo que disfrutaría dormir en una cama cómoda y caliente.

El prospecto del nuevo día resultaba apasionante para Mercer. Todo por lo que pasó ayer ya era conocido para él. Aquello era un calentamiento, este era el verdadero comienzo de su aventura; iría por un camino nuevo, hacia una ciudad que nunca había visto, y haría cosas novedosas al estilo de los verdaderos exploradores y aventureros. Pero lo más importante, se sentiría recompensado por haberlo hecho solo.

Apenas el sol empezó a cruzar el horizonte, Mercer ya estaba listo. Tuvo el instinto de irse sin decir nada, pero supuso que al menos debería decirle a la dueña de la posada. Subió a su caballo y partió, disfrutando el denso y húmedo aire matutino. Cabalgó durante horas pensando sobre su situación. No le tenía que responder a nadie, podría ir al paso que quería y parar cuando quisiera. Así es como seguramente se siente la libertad.

La vegetación era monótona, así como los ruidos de la naturaleza, y mientras que en ocasiones se aburría, se entretenía pensando sobre el futuro y los posibles escenarios que se podrían desarrollar durante su aventura. Pensó también un poco sobre Violeta y se preguntó si ella apreciaría esta experiencia tanto como él, pero se conformó al imaginar que seguramente tenía suficiente con sus otros amigos y sus libros.

Conforme caía la noche la atmósfera se ponía más interesante, los ruidos y los colores empezaban a cambiar y ello era la señal para montar su campamento. Se adentró un poco al lado del camino hasta encontrar un buen lugar llano y se dispuso a hacer una fogata y montar una hamaca. Cuando oscureció completamente preparó una sopa, no estaba mal, pero no era para nada como las de su madre.

Al terminar quedó sentado ahí por un momento, lo que le dio tiempo para darse cuenta de su entorno. La fogata iluminaba lo suficiente, pero su

luz era devorada inevitablemente por la tiniebla del bosque, la cual no era penetrada por las estrellas, ni por las luces del norte. Se volvió para atrás y trató de ver tan lejos como le fuese posible, pero era una tarea inútil; reconoció la silueta de algunos árboles y luego un fondo negro e infinito. Estaba **REALMENTE OSCURO**.

Incluso Mercer no podía evitar sentir algo de miedo ante el misterioso contenido de la profunda sombra, “aunque no hayan monstruos, podrían haber leopardos,” pensó. Trató no preocuparse mucho por eso y se dispuso a continuar su lectura antes de dormir. Quiso ojear un libro diferente, así que metió la mano a su bolsa y extrajo algo llamado *Los Secretos Más Secretos*. Era un libro nuevo y pequeño, pero parecía no haber sido hecho con cuidado o haber recibido el mismo trato por parte de sus dueños. Mercer lo abrió y empezó a leer con la ayuda de la luz de la fogata.

*No importa lo que te hayan dicho, el mundo está lleno de secretos misteriosos esperando a ser descubiertos. ¿Cómo lo sé? Mi abuelo fue testigo de una las más grandes y secretas conspiraciones que se han visto en el Reino de Marama. Los hechos que estoy a punto de narrar son tan impactantes que deseo recomendarles a los débiles de estómago que le den este libro a alguien un poco más valiente.*

*Todos conocen o al menos han oído hablar sobre la impresionante majestuosidad de la Capital de Marama, una ciudad amurallada construida en el centro de un cañón y que se sostiene sobre una sola y gigantesca columna. Este tipo de construcción ha tratado de ser replicado a través de la historia con resultados desastrosos. El secreto detrás de su arquitectura murió junto a su creador, pero nada se compara con lo que la ciudad en si esconde.*

*Desde reliquias mágicas hasta horrores que le pondrían el pelo pálido a cualquiera, debajo de los pies de los millares de habitantes de la legendaria ciudad existe un mundo secreto que nuestros reyes no quieren que veas, y quizás con razón. Sí, mis amigos, le hablo de las míticas bóvedas de Marama. Ahora, sé que todos mis lectores han estado anticipando que entre en detalle sobre el criadero de conejos-araña mata-hombres al que aludí en mi libro anterior “Bestias Misteriosas: Entre Más Misteriosas, Más Colmillos”, pero es imperativo empezar por lo más importante, y lo más importante en este caso son los niños-lagarto del espacio exterior.*

*En el año 1578 de nuestra era se produjeron algunos avistamientos de luces pocos naturales, completamente diferentes a las de las estrellas,*

*cometas o auroras en los cielos entre la frontera de Marama y Rictomur. Poco después, se reportaron hombres con túnicas negras y sombreros anchos inspeccionando y haciendo muchas preguntas sospechosas en los poblados aledaños al suceso.*

*Unos meses después, mi abuelo se encontraba en una de sus famosas caminatas nocturnas, cuando de repente vio una luz cegadora y luego un gran retumbo. Valientemente corrió hasta el lugar de la explosión cuando vio la primera y para nada la última cosa que lo dejaría sin palabras por los próximos días: una nuez gigante de bronce.*

¡CRACK!

Mercer oyó un fuerte ruido que lo trajo de vuelta a la realidad.

Crack... crack...crack.

Sonaba como alguien o algo que se encontraba merodeando. De inmediato, Mercer buscó una linterna entre sus cosas, la que torpemente encendió. Con lentitud caminó fuera de su campamento con espada en una mano y luz en la otra, tratando de encontrar cualquier detalle fuera de lugar.

“¿Quién anda ahí?” dijo Mercer tratando de sonar firme.

Nadie respondió.

Mercer siguió caminando. De vez en cuando se daba vuelta de repente para evitar ser emboscado por detrás y para ver qué tan lejos se encontraba en relación a su fogata.

Volvió a oír ruidos. Mercer apretó sus dientes y su espada, estaba listo para atacar... ¿O no? La verdad era que nunca había atacado a nadie ni a nadie. De niño recuerda haber golpeado a uno de sus compañeros de escuela, pero aparte de eso había llevado una vida muy pacífica para alguien que desde muy joven se había interesado por las artes guerreras.

Había entrenado hasta el cansancio las maneras de combatir humanos, pero dudaba sobre cómo le iría en un enfrentamiento con un animal salvaje... o algo peor. Vio hacia el frente con cuidado, justo donde había oído el ruido, examinando bien la oscuridad apenas iluminada por la luz de su linterna, que era apenas suficiente para ver hacia donde se dirigía.

Ramas, hojas, ramas, ramas, hojas. ¿Había algo o nada más era su imaginación? Hojas, ramas, hojas, ojos.

¡Ojos!

Notó bien los ojos de una bestia resplandeciendo ante la luz amarilla. Mercer tomó un largo paso, uno que no pudo completar, ya que cuando se dio cuenta había caído al suelo. Un tonto y vergonzoso descuido, del cual igual se sintió mal aunque nadie lo haya visto.

Estando en el suelo vio hacia delante de nuevo, pero esta vez no pudo encontrar nada. Luego iluminó un poco a su alrededor para recuperar su espada, la cual había soltado. Con esta de nuevo en su mano, revisó sobre su espalda y sintió escalofríos con lo que vio. Alguien estaba apagando su fogata.

“¡HEY!” Gritó Mercer.

Y ni siquiera puedo ponerse en pie cuando sintió un musculoso bulto negro pasar a su lado gruñendo horriblemente. Mercer volvió a perder su orientación por un momento, y quizás pudo haber reaccionado adecuadamente si la manga de su camisa no hubiese quedado ensartada en uno de los colmillos de lo que ahora estaba seguro que era un jabalí. Este lo arrastró a Mercer unos cuantos metros mientras trataba de liberarse.

Esto fue lo último que Mercer supo de esa noche. Despertó adolorido en la mañana con su cabeza junto a la base de un árbol. Estuvo desconcertado por unos segundos, pero no le tardó mucho darse cuenta de lo que había pasado, aunque hubiera deseado que no fuese así. Se sentía verdaderamente patético, vencido por un jabalí en su primera noche solo.

Había un último detalle que no aún no se explicaba. Cuando se tocó la cabeza había un líquido denso y viscoso. No era sangre, era miel y definitivamente no venía del árbol donde pasó la noche. Se sentó un momento para pensar ¿Acaso un espíritu del bosque había decidido ayudarlo? Imposible.

Recordó su fogata siendo apagada momentos antes de perder la conciencia así como su bolsa moviéndose sin razón aparente hace ya dos noches. Este era un misterio que solamente Mercer pudo haber resuelto tan rápido. Se levantó y se acercó dando fuertes pasos hacia su campamento que ahora veía con claridad, levantó su bolsa sin fondo y la puso boca abajo, vigorosamente agitándola para sacar todo su contenido.

Una multitud de objetos se desparramaron por doquier y de repente cayó de cabeza la perpetradora, pequeña, con cabello acolochado, usando

su usual vestido multicolor y que ahora se quejaba del dolor que le había causado el impacto.

“Hola Violeta” dijo Mercer, completamente malhumorado.

“Hola Mercer” Dijo Violeta, sobándose la cabeza con una sonrisa nerviosa.

Mercer se hincó para continuarle hablando.

“Debí haberme dado cuenta de lo lejos que llegarías para fastidiarme,” dijo Mercer.

“Te diste cuenta por la miel, ¿verdad? Tenía la esperanza que creyeras que fue el espíritu del bosque tratando de cuidarte.” Dijo Violeta.

“Y por la fogata, y por estar sospechosamente calmada la noche en que nos despedimos y porque estoy seguro que me falta comida. Muy descuidada.”

Violeta se puso de pie y sacudió su vestido.

“Sí. Pero espero que ahora veas que necesitas a alguien que te cuide. Esta vez sólo fue miel en tu chichota, pero la próxima vez podría ser más importante.”

“¿Cuidarme? ¿Y para qué demonios apagaste la fogata? ¿Para qué no me quemara?”

“Claro que no. Pensé que habías sido tú”.

“¿Yo? Un jabalí me estaba pateando el trasero.

“Entonces- Espera, ¿un jabalí qué?”

“Olvida eso. Si no fuiste tú ni fui yo entonces ¿quién fue?”

“No tengo idea. Mira, únicamente sé que desperté temprano y tú estabas con la cabeza contra un tronco.”

Mercer no aspiró a seguir esa discusión. Había varias cosas más que explicar.

“Eso es... bastante extraño. En todo caso, la aventura se acabó para ti. Cuando lleguemos a Radamer vamos a mandar una carta a casa y vas a esperar ahí hasta que vengan por ti,” dijo Mercer.

“¡Pero ya vine tan lejos!”

“Escapaste de casa. Tus padres deben de estar muy preocupados”

“Dejé una nota. Le dije a Marion que se la diera a papá y mamá en dos días, ya deberían saber.” Dijo Violeta

“Mejor. No vamos a tener que esperar mucho. Ahora deberíamos guardar este desastre e irnos.”

Violeta hizo un ruido malhumorado con su voz, y empezó a recoger lo que estaba en el suelo.

“La verdad sí tengo que admitir que estoy impresionado. ¿Cómo supiste de la bolsa? ¿Cómo es que la hiciste funcionar, siquiera?” preguntó Mercer.

“Ah. Bien, estaba planeando seguirte, pero no sabía cómo. La noche antes de que partieras supuse que te seguiría de lejos, incluso había puesto mi ojo en un caballo que podría tomar prestado.”

“¿Prestado?”

“No importa si pasan años Mercer, si lo terminas devolviendo es prestado. En fin, pensé que tal vez podría ir de polizonte entre las cosas que fueras a llevar. Una idea estúpida, seguro, pero igual decidí meterme a tu casa en la noche, sólo para probar. Me encontré esta bolsa fuera de tu cuarto y bueno, por más tonta que me sintiera me intenté meter yyyy...aquí estoy. No puedo creer que tuvieras algo así oculto todo este tiempo, una reliquia mágica de verdad ¡Nunca lo hubiera pensado!” Dijo Violeta.

“Somos dos. Mamá me la dio una semana antes de partir. Pero todavía no entiendo, al parecer la bolsa tiene que acostumbrarse a su dueño y desde que la tuve he estado intentando hacer que funcionara y no ha habido caso. ¿Cómo fue que dejó que te metieras al primer toque?” dijo Mercer, quién por alguna razón ignoró que Violeta irrumpió en su casa de noche.

“Vaya, no tenía idea. La verdad no sé qué hice, primero metí una pierna, luego la otra, y luego todo el cuerpo. Al principio no sabía cómo era posible, la bolsa simplemente hizo espacio para que me metiera, y ya te imaginarás como me sentí cuando entendí de que se trataba.”

“Ya veo. Al menos me parece que esta es una buena oportunidad para probar.”

Mercer tomó la bolsa mientras que Violeta empezó a depositar algunas de las cosas que tenía en sus brazos. Siguieron haciéndolo hasta estar seguros de sobrepasar lo que sería su capacidad normal.

“Bien. Ahora sostenla tú,” dijo Mercer.

Mercer intentó seguir llenándola pero se ofuscó al notar que aún no podía.

“¡No entiendo! Se supone que ya me debería funcionar,” dijo Mercer.

Violeta, con su mano acariciando su barbilla y una ceja alzada, hizo un exagerado gesto inquisitivo. “Teniendo en cuenta lo escéptico y amargado que eres, quizás la bolsa piensa que no eres digno o algo así,” dijo.

“¿Amargado?... Dame esa bolsa de comida,” dijo Mercer.

Dicho y hecho, Violeta le pasó la pasó la bolsa con comida. Mercer trató de relajarse y cerró sus ojos por un momento.

“Querida bolsa mágica, ahora vas dejarme meterte cosas.” Dijo Mercer, con el tono más condescendiente imaginable. La bolsa siguió sin ceder. Mercer dejó salir un suspiro de frustración.

“Creo que ahora sí necesitas que te acompañe, ¿verdad?” dijo Violeta.

“No te hagas ilusiones. Ahora; terminemos de empacar, estoy seguro que me quedé dormido unas horas de más.”

Mercer seguía sin gustarle para nada la idea, pero en este punto llevar a Violeta hasta la Capital podría ser una posibilidad, claro, no si lo tiene que hacer en contra de los deseos de los padres de la joven. Pensó que al menos debería esperar a llegar a Radamer para saber de ellos. Violeta sabía que la situación se estaba volviendo a su favor y estaba visiblemente feliz, lo trató de ocultar, pero sus pasos saltarines y su sonrisa la delataban.

Rápidamente ambos empacaron todo, pero antes de subir la bolsa mágica, Violeta tenía algo que decirle a Mercer.

“Bien, ya vine hasta aquí en la bolsa, creo que sería mejor si sigo ahí,” dijo Violeta.

“¿Segura? Ya estoy sorprendido que hayas aguantado estar dos días ahí sin que yo lo notara. No tienes que seguirlo haciendo,” respondió Mercer.

“No, para nada. La bolsa se acomodó para mí, seguro que sabía que me llevaba dentro. Nunca me faltó aire, había luz suficiente para leer y de hecho era bastante cómodo. Deberías intentarlo, bueno, cuando la bolsa te deje hacerlo.”

“Ok. Suena mejor que ir a caballo todo el día.”

Mercer ayudó a Violeta a sostener la bolsa mientras se metía y se sorprendió al ver que los pliegues de esta se acomodaban al cuerpo de su amiga antes de verla desaparecer entre todo el resto de las cosas. Cuando cargó la bolsa al caballo, escuchó a Violeta.

“¡Espera!” Dijo esta.

Mercer la oyó moviéndose en el interior hasta que vio su cabeza emerger de la bolsa.

“Listo. Así vamos a poder hablar,” dijo la cabeza en la bolsa.

“Hoy ya promete ser un día súper,” dijo Mercer con un ligero tono de sarcasmo. “Igual vas a tener que ocultarte en cuanto te diga, algo así podría traernos problemas. Estoy seguro que mucha gente querría tener una reliquia mágica en sus manos, incluso si tiene que pasar por encima de su dueño. La bolsa es un secreto, no lo olvides”.

“No te preocupes Mercer, mis labios son como las bóvedas de Marama.”

Sin más Mercer subió a su caballo y partieron. El camino era algo irregular, así que no cabalgaron muy rápido inicialmente.

“Así que, ¿qué hubieras hecho si la bolsa no fuera cómoda?” preguntó Mercer.

“No sé. Seguro hubiera aguantado un día. La primera noche salí un rato mientras dormías, así que supongo que me hubiera escondido para seguirte el día siguiente. Tal como lo planeé desde el principio.”

“Eres la persona más rara que conozco.” Dijo Mercer sonriendo.

“No es cierto ¿por qué dices eso?”

“Porque con bolsa mágica o no, esto que hiciste es algo bastante obstinado. ¿Por qué tienes tantas ganas de venir? ¿Para demostrar que me equivoco? ¿Porque de verdad temes que me mate?”

“Por supuesto, tonto. Las dos de hecho, ya te lo dije.”

“Pero dejaste atrás a tus padres y a tus amigos.”

“¿Y qué? Tú también.”

“Es diferente, Violeta… Esa es muy poca razón para dejarte venir. No te funcionó la semana pasada; si quieres convencerme ahora se te va a tener que ocurrir algo mejor,” dijo Mercer, quién en realidad estaba más curioso por la motivación de su amiga que por dejarse acompañar por ella.

“¿Una chica no puede tener aventuras? Además… prefiero no decirte, te burlarás de mí.”

“Tienes que contestarme. Sabes que puedo vaciar de nuevo esa bolsa”

“¡Está bien! Simplemente déjame pensar”. Violeta se calló por un rato y con su dedo empezó a golpear suavemente su mejilla. “¡Ya sé! Dime ¿has leído Fresas y Caramelo?”

“¿Ese el de la portada rosa? No, no lo creo.”

“Bien. Creo que los protagonistas se parecen a nosotros. Si lees ese libro, vas a entenderme mejor.”

“¿Y por qué no me la describes?”

“¡Mercer, no! Vas a hacer que me sonroje y llore. ¿Acaso quieres ver eso?”

“De acuerdo, de acuerdo. Lo leeré luego de que termine *Los Secretos Más Secretos*.”

“¿Estás leyendo ese? ¿Ya llegaste a la parte de los conejos-araña? ¡Es genial! Cuando lleguemos a la Capital quiero buscar a uno para tenerlo de mascota.”

“Será mejor que te agarres.”

“No recuerdo ese capítulo- ¡AAAH!”

Mercer le ordenó a su caballo dar un arrancón y empezaron a cabalgar rompiendo contra el viento. Violeta se cayó dentro de la bolsa por el repentino movimiento y cuando se reincorporó le gritó algo a Mercer que se perdió entre el aire en sus oídos y el trote del corcel.

Mercer pensó que Violeta no pararía de hablarle durante todo el día y por momentos ese parecía ser el caso. Durante la mañana hablaron un poco más sobre lo que aconteció durante los dos días que pasaron y sobre los libros que habían estado leyendo.

Acerca de quién apagó la fogata, especularon un poco más. Espectros, bandidos, monstruos o algo tan simple como una fuerte brisa; la verdad era que no había manera de saber a ciencia cierta, por lo que eventualmente abandonaron el misterio. En cambio, durante la tarde Violeta pasó hablando sobre todo tipo de cosas que Mercer no podría recordar ni aunque quisiera. Uno pensaría que no es posible hablar mucho tanto mientras lees, pero Violeta probaría que te equivocas.

El día pasó rápido y la noche no se estaba haciendo esperar.

“Hey Mercer, ¿vamos a montar campamento?” Preguntó Violeta.

“No. No vamos a llegar antes de que anochezca, pero podemos llegar a tiempo.” Dijo Mercer.

Y así continuaron a caballo un poco más hasta al caer la noche. Incluso con linterna, la oscuridad los forzaba a ir lentamente. De pronto, vieron una luz al final de un largo trecho, parecía ser un grupo de personas.

“¿Quiénes crees que sean?” dijo Violeta.

“No sé. Parecen llevar armaduras.” Dijo Mercer.

“Tienes razón. Se ven caras.”

Se acercaron un poco más y Mercer pudo confirmar su sospecha. “Son soldados. Del Real Ejército. Escóndete”.

“Alto ahí,” dijo uno de los soldados. “Esto es un retén, muchacho. Dime qué asunto tienes por aquí.”

“Esta- Estoy intentando llegar a Radamer.” Dijo Mercer.

“Debiste haber partido un poco más temprano,” dijo el soldado.

“Tuve un problema con... animales,”

“¿Qué hay en Radamer?” dijo otro de los soldados.

“Me dirijo a la Capital. Voy a unirme al Real Ejército, de hecho.”

“Tienes agallas, chico. En verdad debes ser bueno para entrar, no es nada como las otras divisiones del ejército,” Dijo el segundo soldado riendo acompañado por otros de los presentes.

“Bien, seguro que no te importará que le demos un vistazo a tus cosas, ¿verdad, soldado?” Dijo el primer soldado.

“¡La verdad!- La verdad si me importa. Porque llevo a mi MONO MASCOTA en la bolsa. Sí, a ELLA LE ENCANTA estar ahí. Lo que pasa es que MUERDE A LOS DESCONOCIDOS. No querían meter la mano ahí, créanme.” Le dijo Mercer al soldado que estaba a punto de inspeccionar la bolsa mágica.

“No te preocupes muchacho, le caigo bien a los animales- ¡AAAHHGH!” Tal como lo predijo Mercer, la pequeña mona de su amiga mordió a al soldado que se encontraba metiendo su mano en la bolsa.

“Lo siento. Se lo advertí,” dijo Mercer.

Algunos se rieron, pero al soldado mordido no le hizo nada de gracia. Este desenfundó su espada y dijo: “Será mejor que baje del caballo ahora.”

Ahora Mercer no sabía qué hacer. Si se daban cuenta de que cargaba una reliquia mágica podrían confiscársela. Incluso peor, podrían arrestar tanto a él como a Violeta por morder a un oficial.

“Ya me oíste,” insistió el soldado.

No había nada que hacer, estaba rodeado. Pero justo cuando pretendía bajar, entre las sombras apareció un mujer usando la misma armadura, pero con telas diferentes.

“Suficiente, Kemet.” Dijo ella. “Le vas a dar una mala impresión al nuevo recluta aquí presente.”

“Deberíamos requisarlo, puede que-”replicó el soldado.

“Déjalo. Estamos buscando un grupo, no a un muchacho solo,” dijo ella.

“Si Señora,” dijo el soldado mordido, de mala gana.

La mujer se acercó a Mercer. Usaba un casco pero pudo ver claramente su rostro pálido lleno de pecas “Tú deberías tener cuidado. Asumo que vas a cruzar Jonamec, ¿cierto?”

Mercer asintió.

“No deberías hacer ese viaje solo. Puedes toparte con bandidos o animales salvajes... o agentes de Rictomur. No confies en nadie.” Dijo ella.

“Lo tendré en cuenta, Señora,” dijo Mercer.

“Ahora vete. Radamer está cerca,” dijo ella.

“De acuerdo, ummm, gracias.” Dijo Mercer, con su lengua casi tropezándose sobre sus palabras.

Mercer se marchó y cuando estaba seguro de estar lo suficientemente lejos le dio la señal a Violeta.

“Ese soldado estaba salado.” Dijo Violeta

“Eso estuvo muy cerca. Espero no volver a tener que viajar de noche.”

“La que te salvó. Esa era una chica, ¿verdad? Se oía *cool*. Nunca he visto a una chica soldado.”

“Sí. Se veía como una buen... líder,” dijo Mercer, un poco distante.

“¿Estás bien?”

“Sí. Nada más me parece raro ver soldados aquí, cazando agentes de Rictomur nada más y nada menos. Esta guerra parece ser cosa seria.”

“¿Agentes de Rictomur? ¿Qué crees que sean? Alguna clase de espías llevando una doble vida aquí entre nosotros, o quizás un grupo de malvados caballeros negros con armadura pesada y espaldones gigantes.”

“Sean lo que sean, espero que no crucen nuestro camino. Por cierto, deberías salir de ahí antes de que lleguemos a Radamer.”

“Seguro. Una ciudad que nunca he visto. ¡Ya la quiero conocer!”

Pararon entonces para sacar a Violeta de la bolsa. Los dos subieron de nuevo a caballo y continuaron por unos minutos hasta llegar a Radamer. El lugar era justo como se los habían descrito, una versión menos pantanosa de Blamtown. También notaron que parecía haber más claridad, quizás por tener menos árboles alrededor.

Violeta quería explorar, pero sabía que seguramente Mercer preferiría buscar un cuarto para pasar la noche, así que decidió no molestarlo más

hasta mañana. La posada de Claramer era de un piso, pero esta tenía dos y estaba pintada de amarillo.

Una vez adentro, Mercer se dirigió a hablar con el encargado de la posada mientras Violeta inspeccionó rápidamente el lugar con su mirada. Nada fuera de lo normal excepto por un trovador de modas coloridas quién se disponía a tocar una canción para una pareja. A Violeta le gustaba la música, pero era rara la ocasión en que podía disfrutarla, ya que la gente en su pueblo natal no era particularmente adepta al canto y además no había mucho trovador que pasara por Blamtown, quizás por el intenso olor a pantano y bananas al que Mercer, Violeta y el resto de los habitantes pasaban por alto.

Violeta le indicó a Mercer que se quedaría ahí para oír la música, mientras que él partió hacia la recién alquilada habitación. Violeta se sentó en una mesa cercana al cantor, quién interpretó una canción que iba más o menos así:

Greto fue el hombre más gallardo,  
Era el terror de las bestias de antaño  
Su filo no tenía piedad  
Cortó y rebanó arpías y ogros

Greto fue el héroe del Reino de Marama  
Famoso más allá de montes y valles  
Los dragones huían de su barba  
Pero ninguno escapó su furia

Salvó a su gente  
Cuando al fin liquidó  
Al retorcido demonio del gran valle

Hoy moramos sobre los huesos  
 Del monstruo, en el castillo del rey  
 Greto.

Había algo que le impedía a Violeta disfrutar completamente de la canción. Reconocía la historia, pero no era como ella la conocía. Greto no fue el fundador de Marama, fue Eleziel, un humilde cazador convertido en rey. No podía superar que cualquier trovador que se quisiera dar a respetar cometiera un error tan básico, así que apenas terminó la melodía, Violeta se entrometió con el afán de corregir.

“Disculpe Señor Trovador”, dijo Violeta.

El trovador volvió a verla con una sonrisa y le contestó, “Hola, pequeña, tú tienes el aspecto de alguien que disfruta de las historias de valientes caballeros y trágicos amantes, ¿o hay algo en particular que quieras oír?

“De hecho, Señor, creo que cometió una equivocación en su última canción”

“¡Una equivocación! ¡Niña! Mi poesía es perfecta. Nobles y campesinos, jóvenes y viejos; nadie nunca lo ha cuestionado.”

“Oh no Señor, la poesía estaba bien, me gustó de verdad. Es sólo que usted mencionó que Greto fue quién mató al dragón en el cañón y fundó Marama, pero fue Eleziel quién lo hizo. ¡Greto se convirtió en guerrero mucho después de que eso pasara!”

“Ya veo, ¿y supongo que eres una historiadora calificada para dar ese tipo de correcciones?” Dijo el trovador con un obvio tono de sarcasmo.

“Bueno, a veces hago de asistente en una escuela.”

“¡Asistente! Hasta una cabra tiene más autoridad que tú en estas cuestiones.” Dijo esto y soltó una risotada cantarina que al parecer sólo Violeta oyó. “Te aconsejo que vuelvas con tu mami antes de que se te haga muy noche, niña”, siguió.

A Violeta no le hizo gracia.

“¿Acaso una niña estaría en un viaje a la Capital?”

“Espero que tengas quién te cambie los pañales en el camino,” dijo pegando otra carcajada.

“Y espero que usted tenga a alguien que lo aguante. ¡Trovador tarado!”

“Y tu eres una niña insolente y molesta,” dijo el trovador refunfuñando. Era claro que combatía por enfrascar su furia.

Violeta hizo su clásico puchero, cruzó sus brazos, dio media vuelta y dijo:

“¿Sabe? Si pudiera tomar un simple consejo no quedaría como un idiota. Hasta los niños más lelos de mi escuela saben de Eleziel.”

“De acuerdo pequeña, de acuerdo. Para que no pienses que soy otro adulto fastidioso, te daré una oportunidad para corregirme de manera oficial e incluso te daré un premio si lo logras.”

“¿Un premio?” Violeta se emocionó. Sólo podría estar más segura de sus conocimientos, si el mismísimo Eleziel apareciera para contar su historia; de ninguna manera podría perder.

“Exacto. Tienes que mostrarme en un libro de autoridad donde diga que Greto no fue el que cazó el último dragón y fundó el reino de Marama. Pam, pum; sólo has eso y te daré un obsequio sorpresa. Tienes hasta mañana en la mañana. Y si te sientes con suerte será mejor que traigas tu bolsa más grande.” Le dijo el trovador guiñándole un ojo.

Violeta, demostrando de nuevo su paciencia inexistente, salió disparada hacia su cuarto, irrumpiendo el pequeño descanso que Mercer se estaba dando. Este trató de preguntarle qué sucedía, pero Violeta le chorreó una explicación ininteligible. Mercer decidió que ya era muy tarde como para que le importara.

Con la bolsa sin fondo abierta, Violeta empezó a buscar exactamente por el libro que contenía lo que necesitaba. *La Historia Completa de Marama*, un libro grueso, viejo, pero bien cuidado. La Señorita Kat se lo había dado como regalo hace un par de años. Muy parecido a su dueña anterior, el libro era aburrido y difícil de comprender incluso para Violeta. Muy pocos niños podrían presumir de haberse leído algo tan extenso, pero ella lo consiguió con persistencia y algo de café.

Habitualmente, saber de historia no la ayudaba en su vida diaria, pero Violeta sabía que tarde o temprano su estudio se haría útil.

Al fin tras ojear los capítulos del libro, encontró lo que buscaba.

*El larguísimo y vastísimo valle de Fejamira muy pronto no fue ni tan vasto ni tan largo para las decenas, cientos y pronto miles de peregrinos que sojuzgaban ahora el territorio en 600 Cer. Lo que era peor, muy pronto empezaron a tener contrariedades, apremios, y pronto beligerancia con los ya discutidos habitantes nativos de Fejamira (ver página 458). Ambos bandos entre otras cosas contendieron, vandalizaron el ganado, esgrimaron, se clavaron flechas y dagas; emponzoñaron nobles, emponzoñaron a sus propios nobles por error, hicieron comentarios derogatorios en foros públicos y en general se comportaron como dos muchedumbres que se odian a muerte.*

*Estas conflagraciones terminaron en 625 Cer, cuando Mateos Fer Troteño, el entonces adalid del territorio ocupado de Fajemira, y Hixemino Ckehev, jefe de los nativos acordaron cesar temporalmente de reñir en favor de una solución que algunos consideraron perspicaz y otros increíblemente mentecata. Se dispuso una competencia entre ambos bandos por asesinar el dragón en lo que se conocía como el cañón de Faz con la intención de que el grupo ganador ganara para sí mismo el nuevo territorio.*

*Entra en acción Eleziel Quebaras, cazador intrépido, quién al oír la noticia conformó un grupo que le daría muerte al dragón, sabiendo poco de los peligros que le esperaba, del hambre que pasaría o del como cazaría un dragón de 900 calabazas de largo. Lo cierto es que la de Eleziel es una historia interesante, en tanto que nadie se esperaría que un cazador que nunca cazó algo más que un leopardo, acabaría con el último coloso escamado del planeta y se convertiría en el primer rey de Marama...*

Eso era. Cuando Violeta salió del cuarto, encontró que apenas había un alma despierta en la posada, había pasado una cantidad incalculable de horas repasando las páginas del libro. “No hay problema” se dijo a sí misma con satisfacción, ya habría tiempo mañana temprano para dejar en ridículo al trovador.

El día siguiente, Mercer y Violeta despertaron casi a la misma hora, ambos tenían cosas importantes que hacer. Mercer por su lado iría a averiguar sobre alguien que dispusiera cruzar Jonamec, mientras que Violeta resolvería su disputa. Luego de preguntar al encargado de la posada, Violeta supo que el trovador se encontraba alrededor del mercado del pueblo y de inmediato empacó en la bolsa sin fondo el libro con la página que necesitaba cuidadosamente dividida.

Tuvo el presentimiento de que tal vez no debería usar la bolsa más fantástica del mundo para un simple mandado y sentía que Mercer tampoco aprobaría que lo hiciera; pero era la única bolsa en la que cabría cualquier premio sin importar que tan grande sea. En todo caso procuraría tener cuidado, o al menos eso se dijo.

El mercado tenía mucha actividad, claramente se encontraba en un pueblo mucho más grande que Blamtown. Y aunque fuera más grande, no parecía suficiente para el número de gente que circulaba ese día. Violeta, la hija de un pueblito diminuto fue tomada desprevenida por esto. ¿Si esto le parecía grande, que le parecería lo que había más allá?

Le tomó un minuto reincorporarse para seguirle la pista al trovador. Entre la gente había más gente y entre esta, gente vendiendo comida y los que no vendían comida vendían ropas y todo tipo de chucherías. Al fin, en uno de los rincones más desolados, Violeta encontró al trovador, con mochila en la espalda junto a su mandolina. Se le acercó con pasos ligeros y felizmente le dijo:

“Será mejor que aliste mi recompensa Señor Trovador.”

El hombre se encontraba revisando unos papeles en su mano, documentos de algún tipo. “Oh, has llegado. Y has traído una bolsa, ¡muy bien! Se ve abultada, ¿acaso es ese tu equipaje?”

“Sí, esta es la bolsa más grande que tengo.”

“No me digas,” dijo el hombre mientras rascaba suavemente su barba. “Bien, si quieras tu premio, será mejor que te pruebas ahora mismo.”

“¡Por supuesto!” Violeta entonces sacó el libro y le enseño la página. El trovador hizo un gesto extravagante para tomar el libro y empezar a leer la parte señalada, lo cual no le tomó mucho.

“Ya veo, ya veo. Pues muy bien, niña. Ciertamente te has ganado algo.” De manera desordenada removió su mochila y buscó un poco hasta extraer una pequeña bolsa café la cual le dio a Violeta.

“Mira dentro, te va a gusta, niña”.

Violeta vio dentro. Era un libro. Violeta lo sacó. Estaba viejo y desgastado, sentía que sus páginas estaban a punto de desprenderse. El título decía “El ladrón de tontos”, el cual Violeta no reconocía en realidad. Empezó a ojear las páginas. Algunas estaban rotas y otras tan sucias que ni

siquiera podían leerse. Estaba arruinado.

Finalmente, Violeta revisó la última página donde había un claramente reciente dibujo burlista hecho con carboncillo. “Porque sé que te gustan los libros. Mocosa mema”. Decía la inscripción abajo. No pasó mucho antes de que Violeta se diera cuenta de lo que había sucedido. Ya no estaba el trovador y ya no estaba la bolsa sin fondo.

Violeta sintió su corazón siendo absorbido por un hueco infinito dentro de su estómago. Buscó en los alrededores, buscó en los basureros, le preguntó a la gente; pero no dio con pista de la bolsa y Violeta pronto entró en pánico. El mercado estaba tan lleno que pudo haber sido cualquiera, pero no en este caso, el trovador había sido el responsable. El malandrín había usado el supuesto premio como distracción para robar a la inocente Violeta y ella no podía sentirse peor.

“Tonta, tonta, tonta,” se dijo. La vergüenza y el remordimiento que sentía quemaban su interior. Debía hacer algo. Trató de calmarse y pensó. Notó que había dos claras salidas del mercado, así que alguno de los comerciantes junto a estas debió haber visto al pícaro trovador. Tras una corta indagación tuvo éxito, tal como una verdadera detective de cual historia de misterio, logró preguntarle a la gente correcta sobre el paradero del bandido. Sin embargo esto llevaría a Violeta a realizar una travesía para la cual difícilmente estaba preparada.